



Francesco Niccolini
Luigi D'Elia

Cammelli a Barbiana

Don Lorenzo Milani
e la sua scuola



Francesco Niccolini (escritor) y Luigi D'Elia (actor)

Camellos en Barbiana Don Lorenzo Milani y su escuela

Francesco Niccolini e Luigi D'Elia

1 Señorito

Le llamaban "Señorito".

Sí, señorito. Porque había nacido en una familia de ricos, de señores. Y ¡qué señores! En 1923, en toda Florencia no circulan más de quince automóviles y el papá de Lorenzo, de estos quince, es propietario de dos. Y de tres mansiones: una en el centro de Florencia; la segunda en el campo, en Montespertoli, a las puertas del Chianti. Y la tercera en el mar: Castiglioncello, el mar más hermoso que existe. En la escuela, al señorito Lorenzo Carlo

Domenico Milani Comparetti, futuro don Milani, siempre le ha ido mal. Quizás era uno de los pocos que iba en automóvil y hasta con chófer, pero siempre mal.

En Secundaria comienza con 3 en Gimnasia, y por eso no hay que sorprenderse, visto que siempre ha sido enclenque.

5 en Italiano, Latín e Historia.

6 en Cultura Militar... don Milani!

En Religión *insuficiente*.

Peor aún en Bachillerato.

4 en Historia, Griego y Latín.

3 en Filosofía.

En Religión siempre *insuficiente*.

En el segundo trimestre, en Italiano, Griego, Matemáticas e Historia del Arte cosecha un buen desfile de "no presentado". A fin de año pasa con 5 en todo. Milagro del papá rico. Ganas de estudiar con aquellos programas escolares, bajo cero.

Es el más rebelde y malhablado de toda la clase.

Malhablado lo será siempre, incluso con sotana: jamás salieron tantas palabrotas de la boca de un cura. Acaba el Bachillerato no se sabe cómo y, cuando hay que elegir universidad, estalla la tragedia: "Mamá, yo a la universidad no voy. Quiero ser pintor". Primer terremoto de su vida.

El padre esto no lo traga: en familia, desde generaciones, todos son eruditos en griego, papirólogos, latinistas, arqueólogos, en el peor de los casos, químicos, lingüistas, médicos... ¡y éste, que quiere ser pintor!, que, a fin de cuentas, en una familia donde han nacido poetas y literatos, también podría ser una vocación artística respetable, si no fuera porque Lorenzo, en esta época, dibuja que da asco.

Pero ya se sabe, cuando naces en una familia de ricos, todo te está permitido, incluso llegar a ser un buen pintor.

Papá le complace y le busca el mejor maestro que encuentran en el mercado, un alemán, y le prepara un taller que ni Picasso lo tenía igual. Y las chicas comienzan a ponerse en fila para dejarse retratar por este apuesto joven rico, malhablado, rebelde y con dos hoyuelos en las mejillas que las vuelve locas a todas.

Y mientras los demás jóvenes italianos son enviados a dejarse matar en Grecia y en Rusia, él se va a vivir y a pintar a Milán.

Poco después se enamora: ella se llama Tiziana, la ha conocido en la Pinacoteca de Brera, es hermosa, pelirroja. El atractivo Lorenzo se compromete, pero con Carla: otra chica milanesa. ¡Cosas que pasan!

Se escriben un montón de cartas: es una bella historia de amor y amistad. “La única persona a la que he hecho daño en mi vida”. Así dirá Lorenzo para presentarla a sus muchachos.

2

Indigestión

¿Y después?

Y después, ¿qué pasa por la mente de un joven veinteañero, rico, sin problemas, felizmente comprometido?

¡Quién sabe!

En el fondo es lo más hermoso y misterioso de la vida.

Cambiar de opinión. Cambiar todo.

Crees que vas por el camino que tú has elegido y un día te das cuenta que el camino por el que vas es otro.

Estás sorprendido, asombrado. Y no puedes hacer nada.

Ciertamente, la pintura ha contribuido. Su maestro le decía que el objetivo del arte es buscar el sentido profundo, el alma escondida de las cosas, lo sagrado y el misterio al fondo de tu mirada... Pero de ahí a hacerse cura ¡anda que no queda!

¿Qué había pasado?

Aquél es el verano de un año muy especial: 1943. Hay un tufo de guerra por todas partes. Florencia está bajo los bombardeos y Lorenzo, según dicen, se encuentra con los ojos de un sacerdote, joven como él, muerto bajo las bombas. Se miran.

¿Y luego?...

Nadie puede decirlo.

Cómo pasó de verdad será para siempre un misterio.

Lorenzo se convierte.

Una semana después pide la confirmación. Enseguida elige un director espiritual, y lo elige bien: se llama Raffaele Bensi, un

rostro siempre sonriente y una hermosa cabellera gris. Será su confesor toda la vida, no se dejarán nunca. Don Bensi le querrá siempre con toda su alma, protegiéndolo todas las veces, en lo que sea posible proteger al más quisquilloso, irritante, dinamitero, revolucionario, tocapelotas, de todos los curas de la postguerra.

Pero ¡qué entusiasmo tenía!

En familia nunca se habían acercado a la religión: el padre era ateo y la madre judía no practicante, y él nunca se había dedicado a lecturas sagradas. Se arrojó sobre la Biblia como los hambrientos sobre el pan y los sedientos sobre el agua. Se pilló una indigestión: encontrar a Cristo, para él, fue como obsesionarse, robarlo, comérselo.

En noviembre corre a casa: “Mamá. ¡Me han aceptado en el Seminario!”

Su madre rompe a llorar. No entiende.

Tampoco su padre lo entiende.

Apenas ha pasado el 8 de septiembre [armisticio fascista ante los aliados], su hermano se ha ido de partisano y él entra al seminario. ¡Y lo grita, lleno de felicidad!

Querida mamá, acabo de terminar mis primeros ejercicios espirituales. Hemos pasado cuatro días en silencio y, hasta ahora, todo bien... al menos no he dicho chorradas. Pero sufrir 16 sermones en cuatro días... ¡viva el silencio! Me parece estar en un manicomio, aunque también en casa me parecía siempre un manicomio. Mamá, no lo tomes a mal, ¡bromeo! Pero deja de enviarme ropa y pan: ya no sé dónde ponerlos. ¡A propósito!, afortunadamente sólo recordé después de haber elegido mi habitación que aquí la orden es “mortificarse”. Así que he cogido la más bonita, sin ni siquiera una mancha de humedad. ¿Estás contenta, mamá?

Le valdrá de poco aquella habitación sin humedades: los cuatro años de seminario serán una bronquitis tras otra, y una bronconeumonía de las gordas. Nunca había sido un muchacho especialmente saludable – guapo y sonriente sí, pero frágil, frágil como

una hoja. Y débil especialmente de bronquios: la tos lo persiguió toda su vida.

La tos y el miedo a la sangre.

Le bastaba con ver una gota para desmayarse.

Al dentista acudía con gafas oscuras para no arriesgarse a ver lo rojo...

Bromeaba sobre ello: "Yo soy un profeta y un héroe, extracciones dentales excluidas".

En el seminario es un incordio exactamente como lo había sido en la escuela. Se arriesgó a suspender en Teología. El profesor de Sagrada Escritura, Monseñor Tirapani, lo echaba fuera constantemente, no le podía soportar: Lorenzo era un testarudo, siempre quería decir la última palabra. Algunos compañeros habían comprendido que estar a su lado no eran más que problemas, otros, en cambio, no se rendían nunca, querían oírle hablar todo el tiempo, hasta en la mesa, porque notaban que allí dentro había fuego.

Así terminó el seminario dividido en dos: por un lado, él y algún joven seminarista con muchos pájaros en la cabeza y, en la parte contraria, todos los que deseaban, esperaban, ¡rezaban!, que un día Lorenzo dijera: "Basta, me retiro. Renuncio". Para ellos era la única esperanza de que allí dentro volviera la tranquilidad. Pero ¡qué va! ¡Como que iba a ceder!

Después de tres años y medio de bronquitis y polémicas, llega finalmente el día del primer sermón. Sus superiores están tan asustados por lo que pueda salir de la boca de ese jovencuelo que el rector le obliga a leérselo la noche antes en su habitación y, luego, le prohíbe cambiar ni una coma, para evitar que sus primeras palabras en público sean causa de "graves disturbios del orden público... Pero ¿te das cuenta, mamá?".



3

Divina munición

En julio lo consagran sacerdote.

Lorenzo finalmente es libre para disparar sus sagrados cartuchos.

Don Bensi, su director espiritual, comienza a este punto a preocuparse: ¿y ahora? ¿Qué será de él? Si lo mandan con un párroco hostil, será una catástrofe.

En cambio fue bien: lo enviaron a Calenzano, cerca de Prato, parroquia de San Donato, con un buen sacerdote. Se adivina ya por el nombre: don Pugi. ¿Cómo va a ser un duro uno que se llama Pugi (tan suavemente)? Es un hombre tierno, de 73 años.

Llueve, cuando Lorenzo llega a la parroquia por primera vez.

Fuera de la Iglesia encuentra una quincena de muchachos esperándole. Aún no acaba de dejar la maleta y ya pide información a los chicos sobre dónde viven los feligreses más viejos y enfermos. Y enseguida todos juntos van a saludarlos, bajo la lluvia él, los quince muchachos y muchos paraguas.

Se pone a trabajar sin perder tiempo. Nada le asusta y es feliz.

Escribe un montón de cartas a su madre, que ha dejado de llorar y de enviarle demasiada ropa, pero no deja de preocuparse por este hijo, que la quiere hasta el punto de proponerle que venga a vivir con él: "Mamá, tú me harás de párroco y yo de sirvienta. Si vienes tú, ¡renuncio a ser pobre!, pongo el ascensor, la cisterna, el agua corriente y busco una buena chica para cocinar, barrer, limpiar el polvo y hacer la colada. ¡Verás qué *empresa!*".

Le gusta llamar así a la iglesia. *Empresa*.

Lorenzo encuentra aquí una nueva familia: el párroco, Eda y Julia. La primera es el ama de casa de don Pugi, la otra, la anciana madre de Eda.

Acostumbrada a don Pugi, Eda está desconcertada al principio por este sacerdote extrañamente alegre, a quien no gustan ni las procesiones ni la Acción Católica y que siempre está rodeado de jóvenes obreros cabreados. Después le querrá a muerte. Hasta el punto de que lo seguirá, junto a su vieja madre, hasta Barbiana.

Eda. Habría que mencionarla a cada instante, porque ella está siempre allí, pase lo que pase, junto a él. Nunca lo deja. Puede que gruña, puede que no le gusten las decisiones y actitudes de ese cabezota, pero le quiere muchísimo y nunca lo abandona. Se encarga de cocinar – para él y todos sus chicos y



Eda Pelagatti

hasta para los huéspedes –, de limpiar (no de hacer la colada, que la mamá está siempre en Florencia): es su ángel de la guarda, hasta el último día. Y si vas hoy a buscarla, aún te la encuentras al lado de Lorenzo: también ella quiso ser enterrada allí arriba en el bosque, en Barbiana, en el mismo pequeño cementerio con diez cruces raquíticas.

4

Palabras y alas

Con el viejo don Pugi las cosas no van mal: es bastante tranquilo y anciano este párroco como para quejarse del ímpetu de su joven ayudante novato. Lo que no va bien es todo lo demás: viene poca gente a la parroquia y a esos pocos no les gustan nada las innovaciones del nuevo coadjutor.

Pero a él no le importa.

Le traen sin cuidado las cuatro beatas que frecuentan la parroquia y, menos aún, las elegantes familias que sólo vienen a misa los domingos para dejarse ver. ¡No pueden ser ellos por los que el Señor haya dado su vida!

Hay un pasaje del Evangelio que no le deja dormir: “Es más fácil que un **camello** pase por el ojo de una aguja que un rico entre en el reino de los cielos” (Mateo 19,24). Es la maldición de quien ha nacido rico. Ese versículo le persigue. Porque también Lorenzo Milani es uno nacido rico, y bastante. Lorenzo empieza a comprender que la familia Milani Comparetti representa a todo el mundo que está en la raíz del fracaso espiritual y humano de la iglesia, servidora de los ricos e indiferente – peor aún – arrogante ante la situación de los pobres y de los últimos. Esa es la humanidad que a él le interesa y que allí, en Calenzano precisamente, no quiere entrar en la iglesia, y es numerosa, la mayor parte: todos los jóvenes, los trabajadores y la mayoría de las familias pobres. Es evidente que algo no va bien, si casi todos se mantienen alejados de la parroquia.

Y puestos a decidir si este algo está en la gente o en la iglesia, él no tiene duda: es la iglesia quien se equivoca. Hay que restablecer la relación no solo con los creyentes, sino con todo el mundo que ha perdido la fe.

Comienza a trazar su camino. Está claro: hay que ofrecer a toda aquella gente los instrumentos necesarios para que puedan sentirse personas, antes que fieles. Y cuando elige los instrumentos, no lo duda: la escuela.

¿La escuela?

Claro. ¿Sabes qué es lo que le falta a los pobres?

El dinero.

¿Que no, bobo! Les falta el italiano.

¿El italiano?

Exacto: no saben usar las palabras, no entienden y no se pueden defender.

¿Y entonces?

Entonces hagamos una escuela.

Y se pone a dar clase. En la parroquia. Para los que ya no tenían ni derecho ni ganas de ir. Para quien no tenía ni el graduado. Para campesinos y obreros.

Quería que los hombres y muchachos se enamorasen de las *palabras* para aprender a usarlas, dominarlas, y así eliminar el abismo de separación entre pobres y ricos:

“Ataquemos las causas, no sus consecuencias.

El odio de clase existe por esto: eliminemos el abismo y habremos empezado a eliminar el odio”.

Descubrió que no le servían las mesas de ping pong ni los campos de fútbol del centro parroquial juvenil para atraer a los muchachos. El verdadero reclamo no era el tiempo libre, el ocio, sino el tiempo no desperdiciado. Eran el estudio, la pasión, el descubrimiento de la propia dignidad los que aumentarían sus ganas: no la *Gaceta Deportiva*, sino la primera página del *Corriere della Sera*, la astronomía, la literatura, la economía, la Constitución. “Quién sabe volar no debe tirar a la basura sus alas en solidaridad con los que no las tienen. Debe enseñar a los otros lo que es el vuelo”.

Saber.

Razonar.

Dudar.

Distinguir.

No soportar, no ceder y no darse por vencido.

Volar.

Lorenzo se convirtió en maestro. ¡Y qué maestro!

Nada le parecía bastante para sus alumnos, palabrotas incluidas. Era duro, durísimo, exigía mucho, quería hacer escuela a todas horas. Y él decidía quién tenía derecho a hablar (pocos) y quién debía estarse callado (todos los demás). Pero logró – en poquísimos tiempo – reunir en la misma mesa a creyentes, ateos, democristianos, comunistas, todos juntos en clase.

Y alguien comenzó a arrugar las narices.

5

Te traicionaré

A ciertos padres de buena familia les pareció un método dictatorial y contra las buenas costumbres. Comenzaron a decir que dividía al pueblo, porque tenía a su alrededor un montón de chavales, pero sólo de las familias pobres. Los hijos de los ricos se quedaban lejos. Más aún, era él quien los mantenía lejos: total, ya tienen de todo, **camello** incluido... ¿qué falta les hace la escuela de San Donato? Tienen dinero, escuelas privadas, que vayan a sus profesores que cobran por partida doble, primero del Estado y luego de sus clases

particulares. Yo, las clases particulares las doy gratis a quien no se las puede permitir.

Comenzaron a acusarlo de ser un comunista.

Pero era la consabida maniobra de fango, estúpida y superficial: él la emprendía con los comunistas, tanto como con los curas y con los ricos, y fueron precisamente curas y ricos quienes le acusaron de ser un comunista, porque era el modo más fácil y rápido de desacreditarlo y buscarle enemigos en los puestos decisivos de la Iglesia.

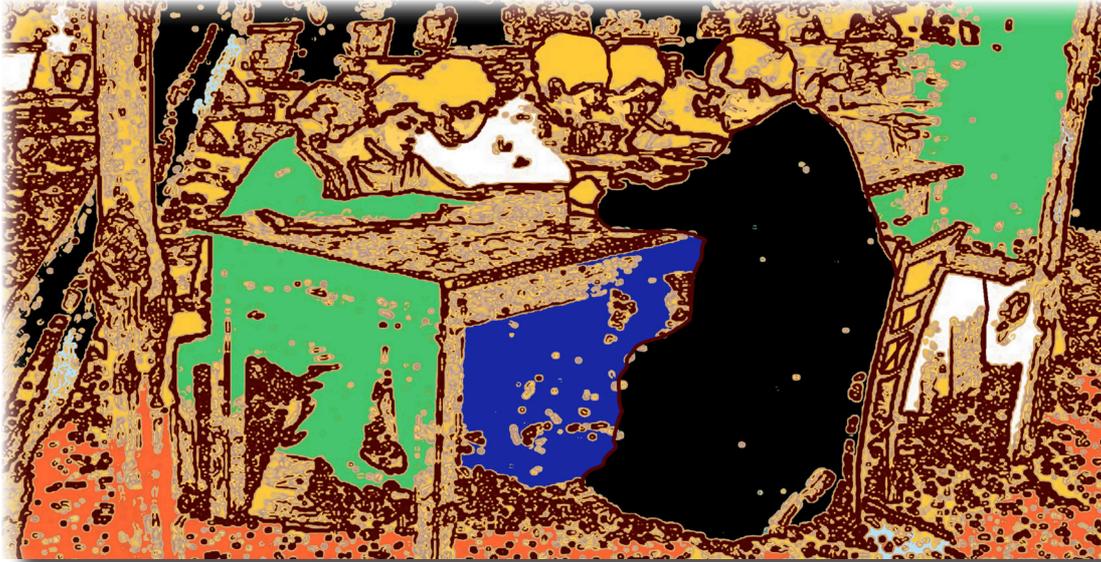
Don Lorenzo ha escrito siempre cartas bellísimas. Hay una que explica porqué él no era comunista. La escribe a su amigo Pipetta, militante del partido comunista de Calenzano y ex partisano:

Querido Pipetta, cada vez que nos encontramos, me dices: “si todos los curas fueran como tú, entonces sí ...” ¿Entonces, qué? Ya sé, querido Pipetta, que tú y yo somos diferentes: por supuesto, yo sufro contigo por las injusticias, y los pobres siempre tendrán razón, los ricos nunca. Lo digo y lo repito: tienes razón, tu lucha es sacrosanta, pero – que lo sepas, Pipetta – cuando hayas ganado, ese día te diré: “Pipetta, estás equivocado”.

¿Por qué? Porque los pobres son bienaventurados y sólo de ellos es el reino de los Cielos.

Y cuando derribemos juntos la cancela de la gran mansión del rico, y la convirtamos en la casa de los pobres que ya no lo son, no te olvides amigo mío: no te fíes de mí, porque ese día, Pipetta, yo te traicionaré. Ese día me iré, volveré a la vieja casa apestosa de los pobres a orar, también por ti.

Cuando el bondadoso anciano Pugi murió, en la diócesis de Florencia no pensaron siquiera un momento en mantener a Lorenzo en Calenzano, a hacer ruido con su escuela. ¡Ni mucho menos! Fue precisamente monseñor Tirapani, el profesor de Sagrada Escritura que en el seminario lo echaba de clase continuamente, quien buscó el mejor sitio para aquel curilla tocapelotas. Y puede que ni



siquiera Lorenzo imaginase que lo quitarían de la noche a la mañana, enviándole a hacer de “prior” en la cima de una monte, de párroco en una iglesita abandonada, sin ni siquiera un pueblo alrededor, de esas que las abres los domingos, dices misa y las vuelves a cerrar durante siete días.

Sant’ Andrea, la iglesia.

Giovi, la montaña.

Barbiana, el pueblo.

Hoy, ni con el navegador lo encuentras.

¿Dónde está?

Municipio de Vicchio. Alto Mugello. Tomas la autopista de Florencia a Bolonia, sales en Barberino... sigues un buen rato hacia la montaña, sigues, sigues, sigues... y donde terminan todos los caminos, has llegado.

¿A Barbiana?

¡Qué va! Un kilómetro más abajo. Todavía tienes que recorrer a pie ese último kilómetro, cuesta arriba por un camino de tierra en el bosque que apenas se ve. Con tus pobres muebles, incluida esa cama que te llevas de Calenzano, con Eda que ha decidido seguirte hasta allí arriba y la vieja Giulia que ya no puede más, con barro hasta los tobillos. Bajo la lluvia de diciembre de 1954.

Porque, cada vez que Lorenzo llega a su nueva parroquia, llueve.

Sólo que en Calenzano había encontrado quince muchachos esperándole.

Aquí, una iglesia abandonada. Más aún, reabierta aposta para él.

Sin electricidad.

Sin calefacción.

Sin agua corriente.

Bosques alrededor, oscuridad y lobos.

Pero... ¿prior de qué?

Entró en la capilla. Se puso a rezar.

Eda parecía enloquecida, un alma en pena: con aquel frío, todo patas arriba, un baño espantoso, ¡gallinas en la casa parroquial!

¿Y él?

Se arremangó y se puso manos a la obra.

A la mañana siguiente se levanta temprano.

Empieza a caminar alrededor de la iglesia.

Coge el camino. Quiere ver dónde viven allí las personas. Y comienza a llamar a las puertas que encuentra. Casas de montañeses. Se presenta.

Hace amigos. Muchos.

Parece un viejo amigo que, después de tantos años, ha vuelto por fin a casa, y todos hacen lo que pueden por ayudarlo. “Mamá, me parece haber estado fuera siete años. Ya San Donato no es más que un recuerdo, ahora estoy finalmente en casa”.

Todos en Barbiana hacen lo posible por ayudarlo. Arreglan las pilastras de la casa parroquial, blanquean las paredes, ajustan los muebles, reparan el piso y las campanas, vuelven a sonar las campanas... En lo que parecía el pequeño salón de la casa parroquial, “¿sabes lo que haremos aquí, Eda?, haremos la escuela”.

Los que empiezan son sólo seis, todos chicos. No es fácil: los padres no quieren saber nada de mandar a sus hijos a clase, los mozos hacen

falta en el campo, hay mucho trabajo. Y las chicas..., si fuera por ellos, las niñas, como las gallinas: hasta podían quedarse todo el día en casa. Son las madres quienes, como de costumbre, convencen a los padres y envían a sus hijos. Poco a poco la gente de Barbiana está con él: todos aceptan que los hijos vayan a esa escuela. Y la escuela empieza.

La escuela de Barbiana. Sin notas, ni boletín de calificaciones ni pupitres ni pizarras. La escuela más hermosa que existe. Pero con un programa muy duro.

Once horas al día. 365 días al año, domingos y festivos incluidos.

Desde las 8 de la mañana hasta las 8 de la tarde: más el tiempo necesario para ir y volver, son 13 ó 14 horas de escuela al día.

Y no hay camino para llegar a la escuela, los primeros chavalines se lo tienen que abrir por la espesura del bosque ellos solos, a golpe de machete; pero son chavales de montaña, chicos capaces de trepar a lo alto de un roble, soltarse de manos y echar abajo una rama de cien kilos a golpe de machete para arrastrarla sobre la nieve hasta casa, chavales que saben distinguir los ruidos del valle en kilómetros a la redonda. ¡Esta era la *cultura* que tenían los chicos de Barbiana! Chicos que también es justo que sepan que *la radio* se escribe LA (separado) RADIO y no L'ARRADIO (junto).



6

Soy un gran maestro

En Barbiana se da la clase en torno a la única mesa que hay, muy apretados sobre el único ejemplar del libro que te toca estudiar. Si hace frío se está dentro, que al otro lado de la puerta está la cocina de Eda y cuando llega el aroma, entiendes que falta poco para parar e ir juntos a comer.

Cuando llega el buen tiempo, en cambio, se está fuera, bajo el emparrado que han construido, que se está fresco. Más abajo hay un árbol donde Lorenzo cuelga el mapa de Italia y se da clase de geografía. En abril, cuando la hierba es verde y florecen las margaritas, la clase es por el campo.

Esta es la escuela de Barbiana. Y Lorenzo empieza a contar por toda Italia el milagro que está sucediendo allí arriba y a todos les pide plumas y cuadernos.

Y cuando llegan lápices y cuadernos...

“Entonces, muchachos, tomad la libreta que os di el otro día, en la que os dije que apuntarais las ideas o pensamientos sobre el artículo que hemos leído. Recordad, os dije que escribiríais en un solo lado de las hojitas, porque ahora las separamos y las ponemos en la mesa. De lo contrario no podemos leer lo escrito por detrás. Las leemos y comenzamos a poner juntas las que nos parecen similares o relacionadas. Carla, ve por el pegamento y las tijeras, mientras tanto... ¡Francuccio, deja en paz esa lagartija!

Así que leemos los papelitos de todos: se reúnen los parecidos, se eliminan los duplicados y se hacen los montones. Estos son los párrafos. Luego, con las tijeras y el pegamento – porque las manos, niños, las manos aprenden y recuerdan – comenzamos a hacer un esquema y los montones comienzan a convertirse en texto. ¡Michele! Carla, pero sigues buscando el pegamento... Eda, un instante, acabamos esto y ya vamos, ¿vale? Michele ¿a dónde vas? Vuelve dentro enseguida. ¡Vamos, ven aquí! ¡No te muevas! Hola, Marcellino, ¿estás ahí? Venga, que casi terminamos... Vamos chicos, es necesario hacer el esquema del texto, no hay que dormirse... ¡Michele!, pero maldita sea, se ha ido otra vez...

Giancarlo vete a buscarlo y tráelo aquí... ¿cómo que no puedes? Venga, Giancarlo... Francuccio, ¿no has parado hasta que, por fin, le has arrancado la cola, eh? ¡Vamos, haced el esquema y empezad a pegar, con las manos, chicos, las manos! Eda, un momento sí... venga, que ya está casi listo... Marcellino, ¡despierta! Giancarlo, pero no ves que se fue por allí... Gosto, empieza y lee... Ven aquí Marcellino, arrímate, ven aquí..."

Su primer libro sale, y es un nuevo terremoto. El título no es el ideal para grandes ventas: "Experiencias pastorales".

Es un libro meticuloso, esquemas, datos, estadísticas, dibujitos sobre cómo se sentaban las personas en la iglesia, y todo para responder una sola pregunta: por qué la gente no va a la iglesia. La respuesta que Lorenzo encuentra es implacable: porque la iglesia es espiritualmente pobre, así que sus hijos no son mejores.

Lorenzo logra un cuidadoso prefacio escrito por un obispo.

Se lo pasa todo a su revisor eclesiástico que lee, estudia y, a su vez, le pasa todo al cardenal de Florencia, que –después de superar alguna perplejidad – autoriza la impresión: Lorenzo obtiene el *imprimatur*.

Pasa algún tiempo, sale alguna buena recensión, llegan muchas cartas de admiración, pero pronto empieza el dolor de estómago: la derecha jesuita se lo carga, el Santo Oficio lo condena y el libro es tachado de *inoportuno*,

y de un día a otro es retirado del comercio, prohibida la reimpresión y las traducciones. La orden y la prohibición se publican en el *Osservatore Romano* con un artículo anónimo. Amén.

El autor del libro debe ser un pobre loco escapado del manicomio. ¡Ay, si se encuentra con un hermano de esa clase! ¡Cosas increíbles! *Ab insidiis diaboli libera nos Domine!*

Son palabras *santas* del patriarca de Venecia, Giuseppe Angelo Roncalli. Veinte días después, se convirtió en el Papa Juan XXIII, el *papa bueno*, el que decía "cuando volváis a casa esta noche, haced una caricia a vuestros hijos y decidles que es la caricia del Papa". Tendremos que esperar a un argentino de papa, para que "Experiencias Pastorales" sea rehabilitado. Ya se habían hecho tres intentos: el primero, por el propio don Milani con Juan XXIII y es fácil imaginar cómo terminó. Luego, probaron sus muchachos de Barbiana, primero con el papa polaco, luego con el pastor alemán... ¡imaginaos! Más tarde, el papa Francisco dice que sí: después de más de 50 años, la Congregación de la Doctrina de la Fe considera superada la disposición sobre "Experiencias Pastorales".

Pero ni acusaciones ni condenas a Lorenzo le importan nada: un telescopio ha llegado a Barbiana y por la noche todos, bajo las



estrellas, a ver qué grande es lo de arriba.
 “Pero, Prior, ¿es infinito eso de arriba?
 ¿Cuántas estrellas hay? ¿Y se mueven? ¡Madre
 mía, si se mueven...!”

“Por supuesto que se mueven, bobo, como
 vosotros dentro de poco, todo se mueve”.
 Y además hay conferencias que preparar. ¡Sí,
 conferencias! En esa sala de seis metros por
 seis perdida en mitad de los bosques de los
 Apeninos, periodistas, sindicalistas, escritores
 suben hasta allí para responder preguntas,
 las de estos chavales de montaña y las
 envenenadas de Lorenzo.

A veces alguien se ofende ...
 “¿Le parecen raros estos chicos de Barbiana?
 No, los raros son todos los demás y todos los
 profesores, que dan clase unas pocas horas al
 día y menos de nueve meses al año, y odian la
 escuela y quieren huir de ella lo antes posible.
 Los chicos de Barbiana, no, aman su escuela
 con locura, como el maestro los ama a ellos.
 Y sin la escuela no sabrían defenderse
 de los ricos, ni de los amos. Terminarían
 odiándolos y, a la primera oportunidad,
 estarían dispuestos para coger sus escopetas.
 Sin embargo estos chicos no, detestan las
 injusticias y están listos para cambiar el mundo
 ... ¿presuntuoso? ¿Presuntuoso yo?
 ¡Nada de presuntuoso! Lo que soy es un ¡gran
 Maestro! ¿Cómo no lo queréis entender, eh?
 ¿Acaso tengo que escribirlo en un cartel con
 letras rojas sobre mi cama?”

SOY UN GRAN MAESTRO

así que, cuando ya no esté, subiréis aquí y
 leeréis ERA UN GRAN MAESTRO.
 Pues ¡fuera de aquí!”

7

Inoportuno

El alcalde de Calenzano, el pueblo de su
 primera parroquia, organiza un encuentro
 sobre educación e invita a Lorenzo como
 máximo experto e innovador.

Lorenzo prepara a todos los chicos con la
 ropa buena de fiesta, el único traje bueno que
 tienen, porque todos juntos vamos a contar lo
 que hacemos aquí en Barbiana... y llega un
 telegrama de la Diócesis de Florencia:

RUEGO SUSPENDAS TU
 PARTICIPACIÓN ENCUESTRO DE
 CALENZANO CONSIDERADA AQUÍ
 INOPORTUNA

Inoportuna: lo mismo que “Experiencias
 pastorales”.

Es el momento justo para que Lorenzo explote.
 Hace que todos lean el texto del telegrama,
 que termina en octavillas y carteles que cubren
 la ciudad. Luego, se pone en huelga como
 párroco.

Tal cual: huelga de párroco. ¿Y un párroco
 cómo hace huelga? Nada de homilía el
 domingo. Ninguna explicación del Evangelio.
 Durante la huelga, Lorenzo explica el
 Evangelio solo en la escuela, porque la escuela,
 aquella, él no la cierra nunca, ni siquiera por
 huelga. Al contrario, el sábado y el domingo la
 abre para todo el pueblo. ¿Está clara la señal?
 Lorenzo continúa así durante dos meses y,
 mientras tanto, escribe cartas y cartas, cada vez
 más encendidas:

Mamá,
 tenías razón cuando dijiste que
 éstos sólo son unos sádicos: querían
 relegarme a una parroquia abandonada.
 Dicen que corrompo a los niños.

Monseñor,
 a usted, que puede jactarse de haber
 firmado el maravilloso telegrama
 que me han hecho llegar, me gustaría
 preguntarle por qué no está contento de
 que un alcalde comunista – en lugar de
 llamar a un compañero de partido para
 hablar de escuela – llame a ¡un cura!
 En cualquier caso, me gustaría
 agradecerle, monseñor, que se haya
 dignado escribirme, y una palabra
 directa, aunque esté mal informada,
 siempre será mejor que el *silencio cobarde*
 que la iglesia florentina ha adoptado
 conmigo en estos años.

Una cosa más, monseñor: al releer mis
 palabras, traté de buscar una expresión
 más piadosa que *silencio cobarde*. ¡No lo
 he logrado! y la he dejado, porque me
 sigue pareciendo la más exacta.



Es 1964. Don Lorenzo es sacerdote desde hace dieciséis años. Y ahora además está enfermo. Un tumor. Había comenzado en sus pulmones ya débiles por las bronquitis y pulmonías y le ha llegado hasta la lengua y la garganta. Y Barbiana no es el lugar más confortable para vivir en invierno: en la habitación hay 4 grados, en la cocina 5, en la escuela 8.

Su hermano médico le dice que sólo le quedan unos meses de vida. Él sigue adelante por su camino, lo que significa: escuela, amor desmedido por sus chicos y un buen encontronazo, puro y duro con el nuevo obispo de Florencia, monseñor cardenal Hermenegildo Florit. Del Friuli [al Norte de Italia]. Los dos, sencillamente no se entienden. Don Lorenzo le da la bienvenida con una cartita venenosa sobre la iglesia florentina, que ya está fuera del mundo, y el cardenal le responde que – si quiere – la puerta de la diócesis está abierta, ¡que puede irse!

Pero Lorenzo no puede desperdiciar todas las pocas energías que le quedan en pelearse con monseñor. Tiene que pensar en sus chicos y en la escuela de Barbiana:

Dios me ha enviado una fila de chicos, como diciéndome que tengo que amar a las criaturas día a día, como hacen las maestras y las putas.

Se lo escribe a Francuccio, uno de los dos hermanitos que muchos años antes ha acogido en casa, Michele y Francuccio. Su padre murió de un infarto y él, junto con Eda, los ha adoptado. Como si fueran hijos. Y él, el padre. A una estudiante que le escribe desde Nápoles y le pregunta cómo encontrar realmente a los pobres y a Cristo, le responde: “párate en un sitio cualquiera, deja de leer y de estudiar. Ponte a dar escuela. Rápido. Cuando hayas perdido la cabeza, como yo la perdí tras unas pocas decenas de criaturas, encontrarás a Dios como un premio. No hay método, no me lo preguntes, no lo encontrarás escrito en ninguna parte. Para hacer escuela hay que *ser*. No tienes que preguntarte *cómo* hacer la escuela, sino sólo cómo hay que *ser*.

Amo a mis hijitos, he perdido la cabeza por





ellos, no vivo sino para hacerlos crecer, abrir, florecer. Y quien no lo haga así, nunca hará verdadera escuela, porque la gente no cree a quien no ama. La escuela solo se puede hacer por amor”.

Amar.

Por completo.

Sin miedo.

Con riesgo de escándalo.

Con riesgo de darlo todo y perderlo todo.

Amar.

Como las maestras y las putas.

Mientras tanto, el eco de esa pequeñísima escuela encajada entre los bosques de los Apeninos crece, y Barbiana, de exilio, se convierte en el centro de una utopía, la idea de una escuela apasionante, viva, enamorada.

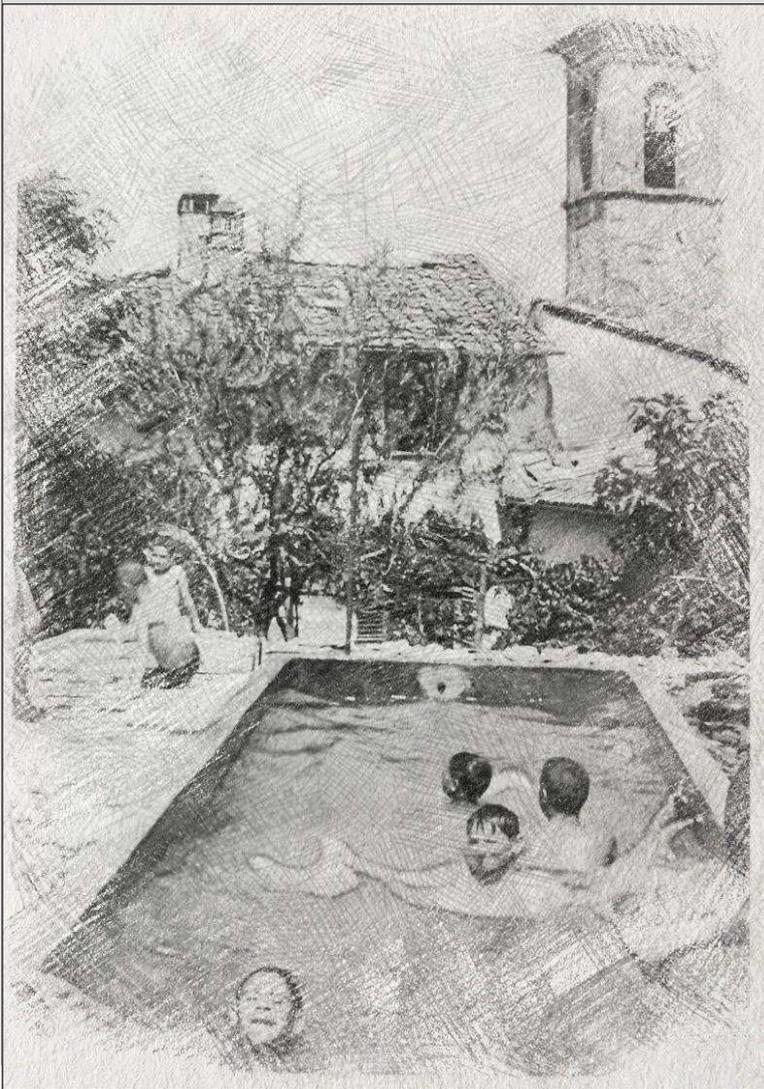
8

Dos metros por ocho

El domingo, mamá, tenemos a la mesa grupos increíbles de gente que nos visita para ver la Escuela. Para la comida Eda se arregla siempre bien, pero para que los niños tengan donde dormir, empezamos a pedir ayuda a las familias que viven por aquí. Todos los días llegan invitados inesperados: ayer, a un pastor valdense le hice enseñar desde la mañana hasta la noche. Luego, a otros dos sacerdotes los puse a dar lecciones de canto, que así al menos no hacen daño, y esta tarde un joven fotógrafo nos enseñó el revelado y la impresión, y todos los chicos, uno por uno, han probado a fotografiar y luego a revelar sus fotos. El otro día vino a visitarnos la estudiosa inglesa de paleografía, la muchacha inglesa un poco rara que vive en la torre de Vicchio. Michel, el granjero de los Alpes, continúa dando clases de francés a los niños y el otro día, mamá, vimos llegar un autobús de estudiantes de todo el Mediterráneo a visitar la escuela y, luego, al acecho de flashes y periodistas sin fin: antesdeayer, la *Tribuna* di Milán, después *Vie nuove* y *L'Unità* y, el otro día, Anna Maria Ortese de Roma, una escritora importante, mamá. Ah, me olvidaba: vinieron de San

Donato a ponernos cine musicalizado y, en medio de todo este infierno, imagínate, ha venido Giorgio La Pira [alcalde de Florencia], simpatiquísimo, aunque estaba un poco cansado y un poco deprimido. En resumen, una vida estresante, mamá, como si fuese un ministro: creo que pronto tendré que solicitar el traslado a una parroquia más pequeña.

Las mesas y los bancos, para la escuela y para dar de comer a todos los que se quedan a comer el domingo, ya no son suficientes, así que los muebles comienzan a aparecer solos, de caoba maciza, una mesita pequeña para la máquina de escribir, una gran mesa escolar (y mesa de comedor, porque se enseña y se come en la misma habitación, la única que hay), dos enormes bancos, dos cunas para recién nacidos y, dado que en Alemania han aprendido un método práctico para hacer vidrieras



artísticas, comienzan las de la iglesia. Porque en Barbiana lo que necesitas te lo tienes que construir, incluso una piscina. ¡Sí, una piscina! Los niños de montaña no saben nadar y tienen miedo al agua, ¿y entonces? Entonces hacemos una piscina que ayude a vencer el miedo al agua, pero sobre todo, la timidez, esa timidez que tienen dentro los pobres, y que es un antiguo misterio que no te sé explicar: no es cobardía y ni siquiera falta de heroísmo, tal vez, falta de prepotencia simplemente.



Querida mamá,
Casi hemos terminado de excavar la piscina: 2 metros por 8 de largo, y 1 metro y 30 de profundidad. De ahora en adelante, que lo sepas, agradecemos también el regalo de trajes de baño usados y remendados. Por cierto: ¿tienes alguno? Todavía tardará un par de semanas en estar lista, pero mientras tanto, ya hemos empezado las clases de natación: ¡tumbados bocabajo sobre los bancos!

Querida mamá,
todavía hoy hemos trabajado en la piscina que mañana se acabará. Ahora sólo tenemos que esperar diez días para llenarla y será difícil sujetar a los chicos, ansiosos y excitadísimos. Hemos decidido poner un mosaico de mármol alrededor, gracias también a que me he hecho amigo del marmolista de Vicchio, que me ha traído su hijo a la escuela. Y de un albañil que libré de una estafa. Así que tenemos material y ayuda asegurados.



Querida mamá, hoy se han dado el tercer baño. No sabes lo divertido que es verlos chapotear en el agua, aunque sea contra todos los cánones barbianeses. Hay que decir que por ahora ninguno aprende a nadar, porque se meten en la piscina todos juntos y están tan apretados como en Viareggio a mediados de agosto, no les queda sitio ni para estirar los brazos y probar a nadar.

Cuando no nos bañamos, el *mar*, porque ahora llamamos así a nuestra piscina, lo cubrimos con un toldo de nylon grande para que no entren los insectos ni el polvo. Incluso la playa, toda de mármol, está siempre impecable y nadie pone sus pies encima sino descalzo. Ah!, además, mis chicos con su disciplina tradicional se salen del mar cada vez que les entran ganas de hacer pipí. En resumen, nuestro mar es algo así como una sala de operaciones en una clínica de lujo. Ayer de repente todos aprendieron a flotar y los más ágiles hasta a nadar. ¿Quién iba a pensar que el primero en aprender a nadar sería Francuccio?

Por la noche, mamá, como ahora, me siento en la hamaca, en la playa del mosaico de mármol, a la orilla de nuestro mar. Cierro los ojos y respiro: aire de mar mezclado con aire de montaña. Lamento que no estés aquí para sentir esta belleza.

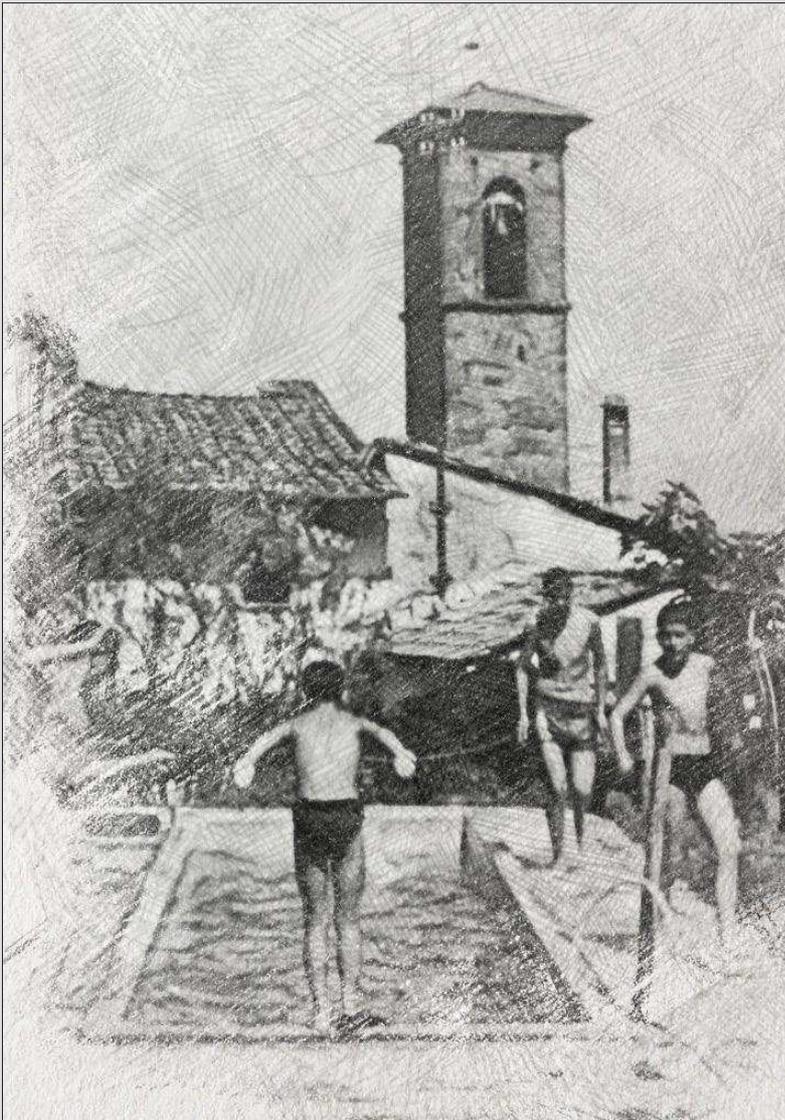
Un día de verano el cielo se vuelve negro de repente y estalla una fuerte tormenta. Todos corren al interior para refugiarse y aguardar a que pase y, luego, frente a la escuela, despunta un arco iris de lado a lado.

“Así podemos correr a coger esos doblones de allí abajo, Prior!”, dice Piero. “¡Pero qué doblones ni doblones, tonto!, es la luz que atraviesa las gotas de agua!”, le contesta Lorenzo, y así arranca una lección sobre la luz y su difracción, cómo nacen y qué son realmente los colores, los del cielo, los del bosque, que cambian con

las estaciones, los colores de la pintura... ¡la pintura!

Y, como en esta escuela, lo que necesitas te lo tienes que construir con tus manos, durante días los chicos y su maestro se fabrican sus caballetes con las ramas más rectas del bosque; los pinceles, con cañas y cerdas de jabalí que allí precisamente no faltan. Luego, coge envoltorios y úsalos como lienzos. Faltan sólo los colores. Lorenzo va a Florencia y vuelve con una carga de pigmentos: en papeles de chocolatinas los muchachos de Barbiana mezclan y se hacen las acuarelas, amarillo, ocre, tierra de Siena, rojo carmín, violeta, azul cobalto, azul ultramar, añil...

Y Barbiana por un día parece la Academia de Bellas Artes: todos en la plazuela con caballetes torcidos hechos con madera del bosque y lienzos para pintar, todos excepto Marcella, que le toca hacer de modelo, inmóvil todo el día con la maceta de geranios al brazo, y



Lorenzo mira los diseños que los chicos le traen excitados y presurosos, uno tras otro, los mira todos, da consejos, pasea con su sotana entre los caballetes, bocetos y fotografías en blanco y negro de la escuela más hermosa que existe, pero él no pinta, no toca ni siquiera un pincel, nunca más: "Lo esencial, le decía su maestro de pintura, busca lo esencial en tu mirada, encuéntrate un motivo, no te limites a copiar el mío".

Otra lección de pintura es por el campo, en los prados, sentados entre la hierba alta con sombreros de paja para protegerse del sol, *en plain air*, como la salida a la naturaleza de un grupo de jóvenes impresionistas, como si fuese un cuadro de Renoir.

Y luego todo se desvanece en la memoria de los chicos, en las lecciones que surgían de lo acontecido a su alrededor con el cambio de las estaciones.

Los chavales crecen, empiezan a sacarse sus títulos como libres (sí, los de la Escuela de Barbiana también lo logran, a la cara de profesores de verdad, que no se lo creían) y se van: don Lorenzo quiere que vayan a hacer experiencias por el mundo. Se empieza poco a poco con excursiones, luego, con viajes al extranjero, según los gustos de cada uno: Alemania, Francia, Argelia. Nadie debe quedarse allí en Barbiana o, si no, ya verás.

Así fluye Barbiana, la escuela más hermosa

que existe, con olor a leña quemada y a geranios; entre nevadas que la cubren de vez en cuando; con los esquíes en el silencio de los campos por encima de la escuela; tras expediciones por el bosque, todos en fila, a buscar fuentes sin dueño para traer agua corriente de una vez; por la noche todos alrededor del telescopio a maravillarse de la cantidad de cosas que se podrían sacar del cielo; y durante el tiempo medido por los golpes de tos del prior, cada vez más enfermo y atormentado con la idea de aquel **camello** que nunca, ¡nunca!, pasaría por el ojo de la aguja... y Lorenzo, a pesar de los hermosos rostros de sus hijos, siente que se parece más a aquel **camello** grueso que a sus pobres.

9

Espera y verás

Tú, cura Milani, estás por debajo del sacristán que mete la mano en la caja de las limosnas, eres un parásito, un piojo.

Carta anónima

Mi querido don Lorenzo Milani, eres el cerdo más grande que la historia de Italia cuenta en sus archivos. El gusano





más asqueroso que se pueda ver. Cuando uno como tú se permite escribir contra los combatientes italianos tienes que avergonzarte, porque eso significa que te da vergüenza hasta tu propia madre, y eres indigno de pertenecer a la gente de esta Italia nuestra, tú no puedes ser más que un depravado. No te creas, amigo mío, que esos trapos que llevas de vestido te puedan salvar. Gusanito asqueroso, también a ti te va a llegar la hora de pagar este insulto. Por todo el mal que haces te escupo en la boca, cerdo de cura.

Firmado un excombatiente de África.
Inválido.

Don Milani, has vendido tu alma y tu culo a los comunistas porque les tienes miedo, pero ellos te quitarán de en medio igualmente. Y, si no, te quitaremos nosotros, a oscuras, disfrazados, y así nunca sabrás cómo, dónde y cuándo. Eres una buena diana. Listo mimoso de tu madre. Te llegará tu día. Espera y verás.

Firmado con el diseño de un hombre ahorcado y una esvástica.

¿Qué ha hecho esta vez para merecer una montaña de cartas anónimas, insultos y amenazas de muerte?

Ha escrito una carta abierta a los Capellanes militares de la Toscana. Un grupo de ellos ha publicado en un diario florentino una declaración en honor a “los soldados de todos los frentes y banderas que – muriendo – se han sacrificado por el sagrado ideal de la Patria” y contra “la llamada *objeción de conciencia* que – escriben – es ajena al mandamiento cristiano del amor y expresión de cobardía”.

Lorenzo podría estar moribundo, hasta cadáver, pero dispuesto a resurgir de cualquier tumba con tal de no callarse ante la grosera violencia de sus “colegas”.

Y sabe que su respuesta provocará un gran alboroto. De hecho, eso es exactamente lo que quiere, y se lo escribe a su madre: “Espero echarme encima todos los problemas posibles”.

Y lo logra perfectamente.

Su carta es una lúcida lista de ocasiones en la historia italiana, desde el Resurgimiento hasta Mussolini, en las que desobedecer las órdenes de los generales hubiera sido infinitamente mejor que obedecer, y sin olvidar nunca que entre víctima y agresor hay gran diferencia, y que atacar es siempre una forma miserable de servir a la propia patria. Y además, si nos preguntáramos a qué bandera y patria hay que servir, saldrían bonitas sorpresas, porque

“... si vosotros habéis decidido poner a los italianos de un lado y a los extranjeros del otro, creo que yo no tengo Patria y prefiero dividir el mundo entre pobres y oprimidos de una parte, y ricos y opresores de la otra. Mi Patria son los primeros, los segundos, mis extranjeros. Y si enseñáis que en nombre de la patria está permitido – y hasta es un título de gloria – matarse unos a otros, entonces yo enseñaré a los pobres cómo luchar contra los ricos. Al menos, en la elección de las armas, sé que soy mejor que vosotros: las vuestras son máquinas obscenas para matar, hacer huérfanos y viudas. Las mías, las únicas que apruebo, son democráticas y no violentas: la huelga, el voto, la escuela.

Le denuncian por apología de delito, a él y al director del único periódico italiano que tuvo el coraje de publicar la carta: *Rinascita*, revista comunista. Un follón sobre otro...

Los procesan. Lorenzo no se presenta. Está enfermo. Se está muriendo. Envía un certificado médico y otra carta. No quiere un abogado: quiere defenderse solo.

Queridos jueces, comprendo vuestra dificultad: os veis obligados a juzgar conforme a leyes que sabéis que son imperfectas. Basta pensar que hasta hace pocos años estabais obligados incluso a condenar a pena de muerte. Si hoy estamos libres de leyes criminales que permitían tanto, es porque alguien se opuso y criticó las

viejas leyes, todavía más imperfectas. Pensad qué importante es el papel de quien enseña a objetar contra leyes equivocadas.

Por eso no podré nunca decir a mis hijos que la única forma de amar la ley sea respetarla a ciegas. Las leyes que creemos erróneas, debemos tener la fuerza de cambiarlas.

Al final del proceso, el fiscal solicitó 8 meses de prisión para don Milani y 8 meses y medio para el director de *Rinascita*. Ambos fueron absueltos porque el hecho no es delito. El recurso, años después, no terminará tan bien: el director de la revista será condenado a 5 meses y 10 días. Lorenzo no. El juez declara que no procederá "contra el reo don Lorenzo Milani por haber muerto".

10

El tiempo del agua

Ya le falta poco.

No se levanta de la cama. Hasta sigue la escuela desde allí, desde su pobre habitación, desde el camastro que se trajo de Calenzano. Pero ha decidido que antes de morir debe acabar un trabajo. El proceso judicial no le importa nada, pero ese bendito trabajo último debe terminarlo, por él, por sus chicos y, sobre todo, por sus padres. Es la última carta, el último terremoto.

Carta a una maestra.

Ni siquiera la firma él, sino directamente Escuela de Barbiana. La escribieron, corrigieron y publicaron todos juntos, maestro y alumnos, un grande y agudo ejercicio de escritura colectiva de la escuela. ¡Qué astuto!, dicen los enemigos, no pone su nombre y así no tiene que pedir permiso al obispo...

¡Pues sí!, no le importa nada a Lorenzo, él piensa en otra cosa: por ejemplo, en dejar todos los derechos del libro a Eda. Sabía que pronto se quedaría sola y que en todos aquellos años no había guardado ni una lira. Fue su forma de garantizarle una pequeña pensión, cuando él ya no pudiera más. Y realmente faltaba poco.

El estilo del libro es el habitual. Datos, notas,

estadísticas minuciosas recopiladas por los chicos sobre el fracaso escolar. Pero aquí no son los números los que te atornillan, son las palabras. Es una revolución copernicana, una inversión completa en la concepción de la escuela, del papel del maestro y hasta de los padres. Porque parece un libro dirigido a los profesores, pero en realidad es para los padres y madres, especialmente los de muchísimos chicos repetidores y rechazados por la escuela, y Lorenzo hace releer los borradores a los padres de esos mismos chicos, a los campesinos, a los montañeses sin *cultura* oficial, y les pide que marquen todas las frases que no entienden, para que la carta sea clara sobre todo para ellos, y que sea una invitación a organizarse, a quitar el cuchillo a los que están al otro lado de la cátedra, y buscar un nuevo modelo de escuela, de enseñanza, de país. Y el modelo, por supuesto, es Barbiana. La escuela más hermosa que existe.

Aquí la vida es dura, hecha de disciplina, broncas, castigos: pero quien aquí arriba es un borrico, el que va retrasado, es acogido como se acoge en vuestra escuela al primero de la clase. Aquí arriba, la escuela está





hecha para él, el ceporro: hasta que él no lo entiende, nadie avanza, quietos. Porque tenemos que llegar todos juntos. Si no, ¿qué mundo es este? El problema de otro, del más tonto, también es mi problema. Resolverlo juntos es la verdadera política. Sobrevivir solos es la avaricia.

Por supuesto, ahora alguna maestra arrugará la nariz porque no vas a quedarte ahí esperando, es fácil decirlo, ¿no? ¡Ven tú a mi clase! - Vale, una clase nosotros nos la hemos construido con nuestras manos y nos hemos parado, y decimos que vosotros, en cambio, estáis construyendo un país que es como un hospital que cura a los sanos y rechaza a los enfermos, que dispara a un matorral sin preocuparse de si dará a un chaval o a una liebre, ya se verá, una escuela que construye barreras. ¿Y os atrevéis a construir este mundo? ¡No! Volved a llamar a los repetidores que rechazáis, insistid, comenzad todo de nuevo hasta el infinito, sí, hasta pasar por locos. También porque siempre será mejor pasar por locos que ser instrumentos del racismo.

Nos tenéis que enseñar a vivir, por eso os pagamos, no para hacernos repetir curso. Si nos echáis en masa, sobre todo a los que somos los últimos, los más atrasados, los que no tienen el dinero de papaíta y mamaíta para repetir, ni la biblioteca familiar ni todos los privilegios de los ricos y licenciados, si nos echáis en masa, quiere decir que ¡no valéis un duro! Sino que sois como esos ejecutivos de empresa, que valoráis tanto mejores y capaces cuantos más empleados logran despedir, y hasta puede que los premiéis con salarios estratosféricos, mientras miles y miles de familias se desesperan. Pero ¿qué mundo es éste?

El libro es una fotografía despiadada y cruel de lo que era el sistema escolar de entonces,

el de la escuela de los arribistas, de los ricos, de ejercicios con trampa sobre las excepciones en lengua francesa e inglesa, y los sólidos, cuya superficie es imposible – incluso inútil – calcular. Y todo esto con el objetivo más estúpido y equivocado que nunca se ha dado: suspender y rechazar todo lo posible. Como si esa fuera la tarea del mejor profesor y de la mejor escuela. Chorradas. Pero el libro también es la historia de una revolución, la revolución que Lorenzo con su escuela puso en marcha en Barbiana, en la que todos son felices de estar, 24 horas al día, los 365 días del año. Y ninguno va a lo suyo. Una escuela donde, si al principio parece que se va más lento por no perder a los “borricos”, a los últimos, llega seguro el tiempo de recuperar y apasionarse. A todos. Lo demuestran los chicos con datos y números que atornillan la estupidez y el fraude del sistema.

Pruebe a mirar un lago en el atlas, profesora. Parece mucha agua, ¿verdad?, y, en cambio, es exactamente la del río. Solo que más lenta. Espera, se para, y durante un rato ocupa más espacio. Luego, vuelve a correr y verá que es el mismo río de antes. Dele tiempo al agua, profesora, dele tiempo.

Apasionarse.

Esta es la revolución.

Sin perder un solo chaval.

Esta es la escuela de todos.

No la de los ricos, ni la de los primeros de la clase.

Aquí acaban todos por ser los primeros de la clase: entonces sí, puedes decir que hay buenos maestros.

Los hijos de los señores, los hijos de los ricos – idénticos a lo que fue el señorito Lorenzo en su acomodada familia – siempre tendrán cuesta abajo el camino y las puertas abiertas de par en par, aparte la del paraíso, obstruida por ese **camello** gordo de marras. Pero hasta el cielo, los hijos de papá son los privilegiados y el símbolo de la desigualdad, de una sociedad clasista y equivocada, llena de diferencias, distancias y odio.



Me conmueves. Los has pagado – ¡y cómo los has pagado! – tus privilegios: has arruinado tu vida, te has hecho un arribista, quién sabe sobre cuántos cadáveres has pasado, criados, mayordomos, sirvientas. ¿Por qué no te escapabas de ese mundo? ¡Déjalo todo! La universidad, los cargos de prestigio, los partidos, los sillones ... ¡Enseña!

Parece que habla de sí mismo, Lorenzo.
Y la última página del libro:

Ahora estamos aquí esperando una respuesta. Alguien nos escribirá desde alguna escuela de Magisterio. Y ojalá nos escriba esto:

Queridos muchachos, no todos los profesores son como esa profesora a la que acusáis. No seáis racistas también vosotros. En todo caso, los que de vosotros quieren ser maestros, venid a examinaros a nuestra escuela.

En italiano, os pediremos que nos contéis cómo habéis escrito este libro. En latín, todas las palabras antiguas que dice vuestro abuelo. En historia, los motivos por los que se bajan a la llanura los montañeses. En ciencias, nos hablaréis de vuestros bosques y sus secretos, que solo vosotros conocéis.

Esperamos esa carta.
Confiamos en que llegará.
Nuestra dirección es: Escuela de Barbiana, Vicchio Mugello (Florenca).

El libro sale y no hay *experiencias pastorales* ni cartas a los curas castrenses o a los jueces que aguanten la comparación. Sale justo a tiempo. Porque Lorenzo está mal. Ya hace meses que le han ingresado en Florenca, necesita transfusiones y radioterapia. Es allí donde le llega la última carta de su nada querido cardenal

Hermenegildo Florit.

El vinagre convierte a pocos, le escribe, y le llama juez y clasista: eres ferozmente sarcástico, mucho más capaz de dividir que de unir. Tú, don Milani, eres un absolutista al que nunca se ha cambiado de ese rincón de parroquia de Barbiana porque no sabes lo que es la caridad pastoral, tú sólo conoces el celo fustigador. En resumen, don Milani, no eres más que un fanático.

Ya no quería que le fueran a ver al hospital. Además aquel día, tras esa carta... pidió a todos que salieran de la habitación. Y se echó a llorar. Que *su* iglesia no reconociera todo aquel



Dibujo de IL MAESTRO, Fabrizio Silei-Simone Massi

trabajo, y hasta lo despreciara, eso era para él lo más atroz.

Cuando se fueron, activó el “bloqueo continental”: prohibición absoluta de subir a Barbiana todos los licenciados y quienes tienen un título superior al graduado escolar. En otras palabras, que les den... a los curas, cardenales, licenciados y demás, a partir de ahora estoy solo con mis pobres.

Solo Adele Corradi y Agostino Ammannati, sus dos profesores fidelísimos que quiso junto a él para enseñar a los chicos, tenían salvoconducto.

11

Solo viento

Probaron a visitarle unos jóvenes de la Democracia Cristiana.

“¡Qué bonito! Dais asco, ¿no os da vergüenza?”

Estaba inmóvil en la cama, molesto por robar tiempo a sus chicos y al borrador del libro: “¡Sois universitarios, licenciados, unos privilegiados! Tenéis que apartaros y pedir disculpas a los pobres, por ocupar su puesto indignamente. Retiraos!!!, vosotros y todos los demás dirigentes del partido”.

“¿También los del partido comunista”, preguntó uno.

“¡Por supuesto, ellos también! Esos son peores que vosotros, dos veces traidores de los pobres, por decir que los representan... ¡al menos vosotros, está claro que estáis del lado de los ricos y de los amos!”

“Don Lorenzo... ¿podemos volver a verle?”

“No”.

“¿Pero por qué?”

“Porque me estoy muriendo y la poca fuerza que me queda, se la quiero ofrecer a mis pobres y a mis muchachos y no gastarla con ricos burgueses de ciudad. ¡Fuera de aquí, fuera!”

Tuvo que trasladarse definitivamente a Florencia, a casa de su madre.

Dejó Barbiana para siempre.

Eda lo siguió de nuevo esta vez.

Parecía cubierto de quemaduras. El

contacto con las sábanas era insoportable: estaba completamente deshidratado. Se le pegó la lengua al paladar. Tuvieron que empezar a mantenerle la boca húmeda todo el rato.

Hasta que un día hizo volver a su queridísimo Francuccio que trabajaba en Argelia y – ya se sabía – esa sería la señal de que el tiempo se estaba acabando.

Quería tenerlos a todos al lado, no quería enfermeros, solo sus chicos.

Luego, pidió que le dejaran morir en paz.

Basta de tratamientos. No los soporto más. No me tengáis vivo a la fuerza.

Estaban todos allí. Michele, Francuccio.

Los demás.

Eda. Su madre. El hermano médico, que también había tenido que rendirse.

26 de junio de 1967.

Y allí, delante de todos, sucedió el milagro.

El **camello**, el **camello** pasó por el ojo de la aguja.

Quién sabe allá arriba, en Barbiana, en aquel momento.

No había nadie y la escuela estaba cerrada.

Quién sabe si en ese momento se alzó el viento.

Desde el Monte Giovi, tal vez, y hacia abajo sobre las copas de los árboles hasta chocar con el campanario.

Quién sabe si no despertó a las campanas.

Quién sabe si alguien, en alguna parte, en algún claro del bosque, no creyó ver realmente al prior a lomos de un **camello**.

Pero ¿cómo? ¿**Camellos** ... en Barbiana? ¿Y cómo han llegado?

Mientras todos los chicos gritan, aplauden, sonríen con los brazos levantados – sin ruido – ojos y bocas de par en par, y Lorenzo que sonrío desde arriba, los mira uno por uno.

Un momento.

Ya está.

Nada más.

Ha pasado.

Lo ha conseguido.

Luego, sólo el viento.

12

Queridos chicos

Don Lorenzo Milani había muerto. Acababa de cumplir 44 años. Llevaron su cuerpo a Barbiana, vestido de sacerdote y con las botas de montaña. Se había comprado un sitio en el diminuto cementerio que hay bajo los árboles debajo de la parroquia: lo había hecho el primer día que llegó. Y allá arriba se hizo enterrar. En Barbiana. En su Barbiana. Tierra de pobres, campesinos, montañeses, curas y **camellos**.

Yo no brillo por santidad. Ni siquiera soy un cura simpático. Al revés, tengo todo lo necesario para ahuyentar a la gente. Sobre todo, cuando hago de maestro, porque exijo el máximo, quiero precisión, soy intolerante, rígido, despiadado. No atraje a los jóvenes con nada que fuera atractivo y deseable. Pero puse en marcha en su interior sus dones más íntimos. Y fijaos bien: ¡yo no tenía riquezas! Y ellos rebosaban, pero ninguno se había dado cuenta. Porque hay que saber intuir en los ojos de los chicos las cosas hermosas que ellos verán claras mañana y que nosotros sólo las vemos confusamente. Solo he hecho eso y he encendido en ellos el amor, la generosidad, el deseo de justicia que respiramos todos y que está también en su corazón: el instinto de rebelión, la afirmación de la dignidad de hombres, libres y que piensan, así que, siervos de Dios, y de *nadie más*. Los he amado sobre todas las cosas. Y les he dado lo mejor que tenía: el arma de la palabra y del pensamiento.

Son palabras de diez años antes, pero parecen un testamento. El auténtico es más sencillo.

Querido Michele, querido Francuccio, queridos muchachos: no tengo ninguna deuda con vosotros, sólo créditos. Con Eda, en cambio, no tengo más que deudas y ningún crédito.

Queridos todos los demás: no os ofendáis si no os he mencionado, este no es un documento importante.

Querido Michele, querido Francuccio, queridos muchachos: no es verdad que no tenga deudas con vosotros. Os he querido más a vosotros que a Dios, pero tengo la esperanza de que él no esté atento a estas sutilezas y lo haya escrito todo a su cuenta.

Un abrazo cariñoso, vuestro

Lorenzo



Dibujo de IL MAESTRO, Fabrizio Silei-Simone Massi